



S
E
M
A
N
A

Salón de la exposición escolar, el día de la inauguración

Mucho se habla de que es preciso acercar a los maestros rurales a la ciudad. Se organizan, incluso, cursillos de perfeccionamiento, para aquellos Maestros que viven en un medio hostil, culturalmente hablando —cual es la Aldea—. Desgraciadamente, en este aspecto, se ha hecho muy poco. Exis-

ten las Misiones Pedagógicas, que al fin ponen en contacto al Maestro con profesores y estudiantes; pero el procedimiento quizá más perfecto aún se realiza bastante poco. Estamos hablando de las Semanas Pedagógicas.

El Maestro de Aldea está condenado —dado el medio— a un aislamien-

to cultural, que espanta. Para él, los adelantos y conquistas de la civilización llegan siempre con retraso. La radio, el cine, etc., son medios orientales para esos Maestros.

La F. E. T. E. de Ciudad Real organizó ya una Semana Pedagógica y exposición escolar, con la colaboración de

La isla de los pájaros

*Cuento original de
Clodoaldo Barrios Roca*

II

Al llegar la mañana, todas las nuevas casaditas rodearon el nido de Alondra Blanca. Era costumbre que las amadas en la fiesta del amor, despertasen a su reina del año y sorprendieran en los ojos de la hermosa elegida el cansancio del placer esperado, talismán de ventura para todos los nuevos esposos.

Alondra Blanca fué despertada por sus compañeras cuando Ruisenior abandonó quedamente el lecho para cantar por primera vez a la aurora la sagrada oración de la felicidad. Alondra Blanca fué despertada con canciones divinas y, oh dolor, no despertaba contenta y satisfecha, sino abatida. Su cabeza graciosa de rizadas y levísimas plumas se inclinaba

cansada sobre el cuello; entreabierto el pico se quejaba con angustia; laxa, sin movimiento, pendían dolientes y sin fuerza las alas.

Grande fué la desesperación en el alado pueblo. Los alegres trinos de salutación se trocaron en lamentos desgarradores. No recordaban los más viejos pájaros un sucedido semejante. Sus padres jamás les habían hablado de nada parecido. Algo, pues, insólito debía suceder para recibir tan grande y horrorosa desventura un pueblo feliz durante siglos incontables.

Entre las rocas del centinela gigantesco y cubierto de canas que domina la isla un viejo buho se reía satisfecho. Había desplegado sus alas negras sobre el tranquilo cielo de un risueño país y su mirada siniestra hirió los corazones, antes tan dichosos, con el amargor de las primeras inquietudes. Triste y negro como el mal, era el explorador pirata de pueblos sanguinarios. Su palabra era una profecía constante de dolores sin fin.

El sabe sólo la verdad de todas las cosas y las venturosas para alcanzar una felicidad que les promete, han de entregar girones de su propia felicidad. El miedo y la ignorancia son los rayos de este poderoso Júpiter de las sombras; su reinado es el misterio, su dios es su egoísmo, y su poder el que le presta la necedad de sus esclavos. Sobre «La isla de los pájaros» había volado el primer espectro de un infierno real, lobo sanguinario que sigue a los guerreros, a los tiranos, a los poderosos; amanecer sombrío de día de miserias.

La tempestad le llevó hasta la placidez de los mares aquellos y una noche, sin ser visto de nadie, buscó refugio en la exuberante vegetación de la selva. Nadie le contempló llegar y así, escondido, vió a su sabor la fiesta donde era elegida la reina del amor y de la hermosura ¡Qué sensación le produjo la vista de Alondra Blanca! Comprendió muy bien que le eran inútiles las ropas de castidad que le pres-